

son más suaves, más redondeados que los de los indígenas vecinos pertenecientes á la región de las sabanas; el carácter es también menos sólido y vigoroso; es observación general que los hombres que viven al aire libre tienen el espíritu más firme, la inteligencia más clara, la actitud más atrevida, la acogida más noble y benévola que los tímidos retirados á los bosques.

La más ignorante de las tribus del Nuevo Mundo, la de los Aimores ó Botocudos, que habita en la profundidad de las selvas del Brasil, sobre el Doce y el Jequitinhonha, no sabía construir chozas, ni tejer hamacas, ni trenzar cestos, ni modelar cacharros, ni cultivar el suelo; pero viviendo con las bestias de la selva y participando, por decirlo así, de sus costumbres, esos indios y sus congéneres tienen un conocimiento singularmente preciso de todo el mundo animal que les rodea; en ninguna parte se ha llevado tan lejos el instinto de la comprensión mutua, y, no obstante, no se ha practicado la cría de animales, sea para alimento, sea para servicios directos, como tracción, transporte de fardos ó colaboración en la caza; porque las condiciones materiales del medio se oponen absolutamente á ello. ¿Cómo conducirían el ganado en los espesos matorrales donde apenas es posible deslizarse, donde las gentes de ciertas tribus, los Coroados — «coronados» ó «tonsurados» — se cortan el cabello por temor de enredarse en las ramas?

Por la naturaleza de su vida, las gentes de los bosques han de dividirse al infinito, en grupos poco numerosos, hasta en simples agregaciones de familias, procurando por la cosecha y la caza, acaso por una agricultura rudimentaria, sostener su vida. Hay nación, evaluada por los viajeros en miles de individuos, que se halla esparcida por vastas extensiones que en atravesarlas se emplearían varias jornadas; familias aisladas, recogidas en bosques, ó bien los días de fiesta ó de *palabre*, tantas gentes reunidas como se encontrarían en las aldeas de Europa, he ahí todos los naturales que los exploradores encuentran en las selvas del Nuevo Mundo.

Las lenguas se fragmentan, como las razas, en semejante medio. Cada una de esas pequeñas humanidades modifica gradualmente su hablar, y, en el curso de un corto número de generaciones, el lenguaje se divide en varios dialectos muy distintos. A consecuencia de un combate desgraciado, de una inundación fluvial, puede desaparecer una lengua

con la tribu que la hablaba. Bien conocida es la historia de la tribu venezolana de los Atuses, que se extinguió, no dejando más que un loro para perpetuar su idioma¹. Este hecho raro inspiró a prosistas y poetas, y toda una literatura gravita alrededor de esa ave de los Atuses. Pero lo que se ha visto principalmente en esta historia es la melancolía de las cosas, la cruel ironía del destino, haciendo de un volátil sin pensamiento el único heredero del genio y de la vida moral de un pueblo. Vese además la suerte fatal de todos los que, viviendo aparte sin ayudarse los unos a los otros, se encuentran a merced de los acontecimientos, y destinados a la servidumbre o a la muerte.

No solamente tienen los aislados que temer todo el destino, a causa de su corto número y de la falta de cohesión, sino que son inhábiles para modificarse, su apartada vida les hace conservadores.

Entre los selváticos es donde se encuentran los individuos que representan los tipos más antiguos por la forma del cuerpo y por la concepción de las cosas. Las poblaciones enanas del Africa y de la Insulinda únicamente subsisten en los bosques más espesos: su vida misma está ligada de una manera absoluta a la duración de la selva primitiva. ¡Qué poco cambiarán las ideas en ese medio en que apenas penetran otros hombres!

Hasta en la Europa civilizada, surcada en todos sentidos por tantos caminos, los leñadores, los carboneros y los resineros, que acampan bajo los árboles, son siempre los guardianes fieles de las tradiciones del tiempo viejo, de los cuentos y de los poemas que las gentes de la campiña abierta han olvidado ya. Ellos son también los decididos mantenedores de las libertades antiguas: los almadreñeros de Lyons, los leñadores de la Chaux, los taponeros de la Garde-Freinet fueron siempre, aun antes de la República, fervientes republicanos, y si no constituyen poblaciones independientes les basta vivir apartados de los aldeanos y ciudadanos de las inmediaciones para conservar un modo de pensar mucho más antiguo. Hay tenaces católicos a quienes la duda invade, a pesar suyo, que celebran con envidia la inquebrantable «fe del carbonero».

Cualesquiera que sean las causas geográficas de su aislamiento,

¹ Alex. de Humbolt, *Voyage aux régions équinoxiales*.

las familias o las tribus dejadas fuera de la humanidad, siempre activa y en constante esfuerzo, tienen ese mismo espíritu tenaz de conservación. Por lo demás, en igualdad de circunstancias, la evolución del pensamiento se hace más rápida en proporción del número de individuos que de ella participan. Así es que una isla perdida en el Océano, habitada sin embargo, sea a consecuencia de un naufragio, sea por colonización voluntaria, se convierte siempre en un microcosmo muy distinto de las tierras más próximas por las costumbres y las instituciones de los individuos que le componen.

Una de las islas del pequeño archipiélago de Hirt o Saint-Kilda, situada al largo de las Hébridas, posee una comunidad de ese género, compuesta de una veintena de familias que viven en un verdoso valle, ocupada únicamente en la cría de carneros y en la caza de aves marinas; durante los inviernos rigurosos aquellos habitantes morirían de hambre si de Escocia no se les enviasen barcos con provisiones. El medio de ese pequeño mundo aparte difiere tanto del de la Gran Bretaña, que la llegada de un barco era suficiente, antes de que las comunicaciones fuesen tan frecuentes, para que se extendiera un contagio de catarros entre los Gaels de Saint-Kilda. Además, los niños recién nacidos sucumben allí con gran frecuencia a la «enfermedad de los ocho días», especie de tétanos que proviene probablemente de que los habitantes toman de las aves marinas su principal alimento, su calefacción, su alumbrado y el plumón de su lecho.

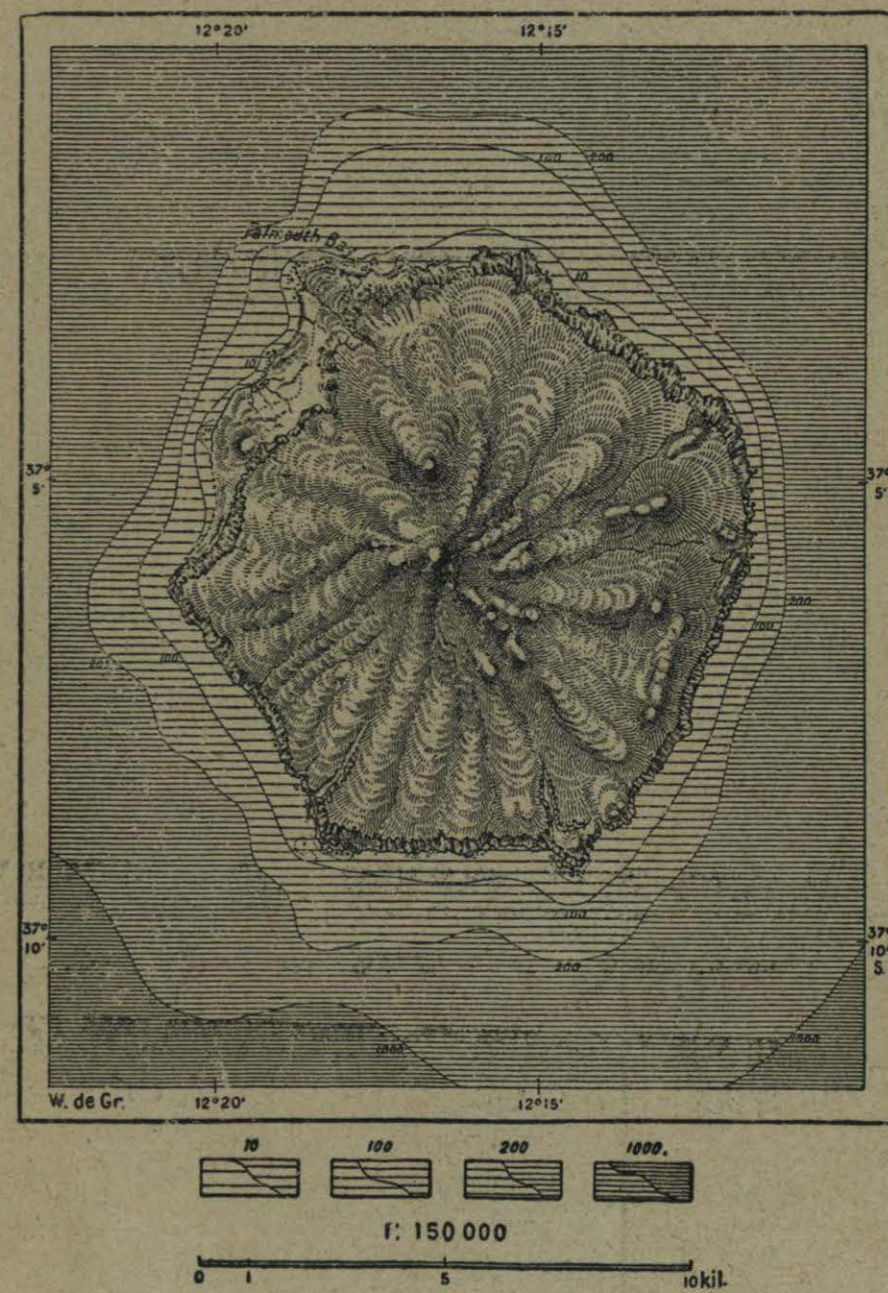
En las islas Vestmaneyar, cerca de la costa meridional de Islandia, el mismo régimen produce los mismos terribles efectos¹.

En cuanto a los insulares encerrados en la prisión natural más temible, la tierra de Tristán de Acunha, rodeada de fríos y de tempestades, gozan cumplidamente de la salud que dan todas las buenas condiciones de higiene, hasta poseen lo que vanamente reclaman los trabajadores de Europa: la comida asegurada; pero, sin embargo, se sienten tan estrechos, que cada año reclaman del gobierno británico el don de otra patria. A su alrededor el espacio es demasiado amplio y falta la solidaridad moral. Sabiendo que la humanidad existe, quieren sentir su influencia y su solitud.

¹ H. Labonne, *De tétanos des norvaués*. (Gazette hebdomadaire de Médecine... 1883).

Más al Sur, otra isla, Gough o Diego Alvarez, tiene graciosos valles, encantadores paisajes, y los marinos náufragos han vivido allí sin pena; pero la soledad ha convertido para ellos aquel país en un lugar de horror.

N.º 12. Tristán de Acunha



Los pocos habitantes de la isla (64 en 1897) están instalados en la proximidad de Falmouth Bay, bien expuestos al sol del mediodía.

Lo mismo que los insulares, las gentes de los pantanos y de los lagos pueden encontrarse completamente aislados, y en ese caso conservan las viejas costumbres durante siglos: los cam-

bios que se operan en el mundo exterior se cumplen a lo lejos sin tocarles.

Como ejemplo de una de esas poblaciones que quedan enteramente fieles a las costumbres antiguas, puede citarse la gregaria de los Urus, que bogan en balsas en el lago de Titicaca. Al principio del siglo XVII nos habla el historiador Herrera de esos hombres que no tienen, para morada y las necesidades de su existencia, otros materiales que la *totora*, o sean las cañas que crecen y flotan en espesos lechos sobre las bahías poco profundas del lago. Según relaciones que reposan probablemente sobre simples juegos de palabras, los Urus, despojados de todo orgullo de raza, decían en otro tiempo a los Quichúas que no eran hombres, sino simples «gusanillos».

De tres siglos acá, la vida de los Urus no ha cambiado: todavía residen sobre balsas de totora, en chozas bajas, formadas de cañas y parcialmente cubiertas de arcilla. Comúnmente sujetan su embarcación a una roca o a un grupo de hierbas de la orilla, y no se aventuran a distancias sino en buen tiempo. Entonces tienden su vela, tejida de juncos, y gobiernan muy hábilmente el lecho de cañas que les sirve de embarcación. El fondo de su alimentación está también suministrado por la totora, cuyas raíces comen con la carne de los pescados y de las aves acuáticas. Una parte de su caza la venden a los Quichúas y a los Aymaras de la orilla, pero jamás, dice Basadre, consienten en habitar en chozas en tierra firme ni en contraer uniones con otros que con sus contribulos. Cuando una contrariedad les obliga a andar por la orilla, se balancean y caen como si estuvieran embriagados.

En los mismos Estados Unidos, donde las fuerzas industriales modernas dan al «civilizado» una verdadera omnipotencia en materia de destrucción, los Semínolas de la Florida han podido escapar parcialmente a la captura y al asesinato por los soldados de la Unión, gracias a los pantanos, a las corrientes y a las tierras blandas de los Everglades. En la actualidad se visitan sus campamentos por curiosidad siguiendo amplias vías bien conservadas.

Si el agua estancada o tranquila aísla los hombres, el agua corriente suele unirlos. Los valles cerrados de las montañas, los bosques, y los pantanos, los islotes y los lagos son elementos

conservadores en la historia de la humanidad; los ríos son, comparativamente, los principales agentes de la vida por la navegación, por los progresos agrícolas, por las emigraciones continuadas, y esto es lo que se denomina con la palabra de significación amplia «civilización».

Pensando en los beneficios de toda especie, asegurados al hombre por el movimiento de los ríos, preciso es repetir la frase de Píndaro: «¡El agua es lo mejor que hay!»

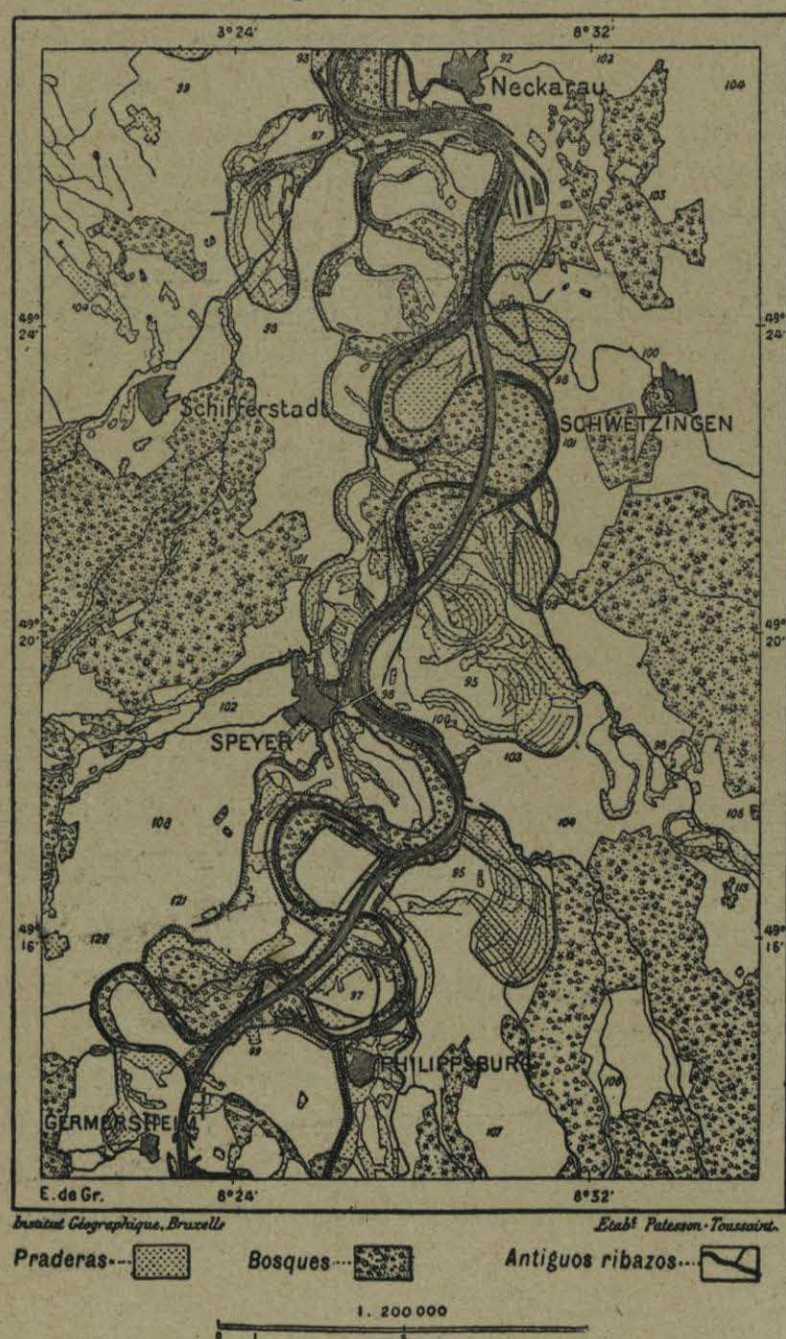
Tal ha sido la influencia capital de las aguas corrientes sobre la historia del hombre—movilizado él mismo por efecto de la inconstancia del nivel—que algunos pensadores, especialmente León Metchnikoff, en sus *Grandes Ríos históricos*, han descuidado indebidamente todos los demás elementos del medio en sus estudios sobre el desarrollo de las naciones. Durante el período transitorio que siguió a las edades primitivas y que abarca los grandes períodos de civilización ya muy avanzada del Egipto y de la Potamia caldea, de la China, del Indus y del Ganges, para terminar en los tiempos helénicos, sólo han visto a los ríos como agentes del progreso humano.

Por efecto de circunstancias diversas en el medio geográfico, ciertos cursos de agua, cortados por cierres naturales, u obstruidos por hierbas y extendiéndose en pantanos, se hallan privados de su acción favorable al hombre en todo o en parte de su trayecto. Los hay que las poblaciones del interior no pueden abordar, a causa de los bosques medio anegados o de cañaverales impenetrables que defienden las indecisas orillas, constantemente modificadas por la lentitud de sus aguas y las oscilaciones de la corriente.

Hay todavía gran número de ríos, sobre todo en las regiones tropicales, de vegetación frondosa, que son forzosamente evitados por las tribus rebereñas diferentes de los poblados de batederos; en otros tiempos, antes que comenzara el trabajo de arreglo del planeta, la mayor parte de los cursos de agua, hasta los que tuvieron después mayor influencia en los destinos de la humanidad, como el bajo Eufrates, el Nilo y el Yangtsé, fueron mucho tiempo inabordables a los habitantes de las tierras emergidas. Green cita el ejemplo de los ríos de Inglaterra, que han

tenido una importancia tan considerable en el organismo nacional y de los cuales se apartaban los ribereños cuidadosamente antes de la época romana y la de los pueblos marinos invasores: las antiguas ciudades estaban edificadas sobre las colinas

N.º 13. Antiguo y moderno cauce del Rin



del interior, lejos de los pantanos y de los bosques que bordean las aguas corrientes¹. Así es como Viena, una de las ciudades

¹ John Richard Green, *The Making of England*.

más grandes del mundo, ha huído mucho tiempo de las márgenes del Danubio, casi hasta nuestros días. Sobre las márgenes del Rin sinuoso, retorciéndose como una serpiente cortada, Schifferstadt, una «ciudad de bateleros» hubo de establecerse hasta lejos del río, sobre un ribazo ribereño.

El río normal, tal como se mostraba acá y acullá en algunos países privilegiados, y tal como en otros sitios le ha orientado el hombre acercándose a sus orillas, se ha convertido por eso mismo en el creador de los grandes movimientos históricos. Corre libremente, con una onda, si no igual, al menos continua, y los que residen en sus márgenes ven pasar constantemente los islotes de espuma, las hierbas y las ramas de los árboles entremezclados por la corriente.

No hay medio de substraerse a la obsesión de ese río, vencedor del espacio y del tiempo; de esa agua profunda y ancha, siempre corriente, reflejando las generaciones en su espejo, inmutable como el destino y, sin embargo, tan variada, tan cambiante por sus crecidas y sus descensos, sus olas, sus ondulaciones y sus arrugas, el reflejo de sus rayos y los visos de sus aguas. ¿De dónde viene ese río poderoso? Los primitivos, acampados en sus márgenes, no podían formarse de ello idea alguna.

¿Cuál fué el «misterio del Nilo» y de tantos otros ríos, cuya procedencia ignoraban los ribereños, imaginándoseles, en consecuencia, salidos del altar de un dios, o bien siendo ellos mismos dioses?

Se veían montañas a lo lejos, allí colocaban naturalmente el origen de la corriente, pero no bajo la forma de simples manantiales brotando entre las piedras: la aparición del agua se hacía con acompañamiento de prodigios. Así, la epopeya del *Râmâyâna* nos muestra la «divina Ganga cayendo de los cielos sobre la cabeza de Siva»; luego, después de haber corrido sobre el cráneo del gran dios, «sumergiéndose a través de los tres mundos» y despertando la alegría en el universo entero.

¿Dónde va ese río? Tampoco lo sabe el primitivo, pero la onda que huye siempre atrae su mirada, y se siente arrastrado a seguirla para visitar con ella los países desconocidos. La corriente le solicita incesantemente al viaje, lo mismo que las aves que ve cruzar el valle en largas bandadas.

¡Cuántos símbolos trágicos suscitaron los poetas en la Sirena o en la Lorelei, en la ninfa encantadora que surge del agua cristalina y nos atrae a lo profundo! Pero antes de haber tomado una significación temible, la leyenda tenía el sentido más sencillo del mundo: la diosa que atraía a la muerte a tantos jóvenes fuertes y valientes era la onda pura y rápida con sus reflejos cristalinos, sus finísimas arenas y sus remolinos insidiosos!

La vista del agua corriente impone una parte del ideal en la existencia de todo hombre, hasta en el de inteligencia menos abierta. Un hermoso trabajo de erudición debido a Curtius¹ pone de manifiesto cómo el pueblo griego, algo despojado del naturalismo primitivo, ve todavía en las aguas vivas, seres que obran y trabajan apasionadamente, tomando parte con amor o con odio en los múltiples acontecimientos de la existencia de los hombres de los países que le rodean. Y si vive la fuente, si fecunda como el Eurotas, o mata como el Estigio, como la hidra de Lerna, ¡cuánto más poderoso, ora como aliado, ora como enemigo, puede ser el río que arrasa las ciudades, anega los campos y detiene los ejércitos en sus riberas!

Por eso la travesía de un río fué considerada siempre como un acto de gravedad positiva que exigía plegarias, sacrificios y acciones de gracias. Se hablaba al río como a un dios, o al menos como a un genio; pero, aliándose con otros dioses, podía también tomar venganza de los ríos malos que habían ahogado hombres. De ese modo, según la leyenda, Ciro castigó al Gindos, un afluente del Tigris, haciendo trabajar todo su ejército durante un año para dividirlo en trescientos sesenta canales². Desde ese punto de vista, Xerxes, condenando el Helesponto a ser azotado, obedecía las ideas de su tiempo; porque el estrecho de olas rápidas no era a sus ojos más que un curso de agua como el Tigris y el Eufrates.

Los civilizados modernos, cuya vida se ramifica al infinito en mil pequeñas preocupaciones y en impresiones múltiples que se borran mutuamente, apenas pueden formarse idea del atractivo, del poder ejercido por la vista de una corriente continua, que parece en la Naturaleza como el ser viviente por excelencia y que es al mismo tiempo el dispensador de la vida. Sin embargo, la

¹ Ernst Curtius, *Beiträge zur Terminologie und Onomatologie der alten Geographie*. Akademie der Wissenschaften zur Berlin, 1886.

² Herodoto, *Histoires*, I, 189-190.

influencia de este agente, de este trabajador incansable, no deja jamás de impresionar profundamente, aun a aquéllos que no están habituados a un solo pasaje, sino que, por la amplitud de sus impresiones y de sus conocimientos, abarcan, por decirlo así, el universo, y se han hecho ciudadanos del mundo entero. Por ello el gran naturalista Hudson, que vivió mucho tiempo en la ribera del Río Negro de Patagonia, trataba en vano de representarse, en sueño o en sus fantasías imaginativas, paisajes dife-



TIPO DE BÁRCO DJENNE (DE CORTEZA DE ÁRBOL) SOBRE EL NIGER (Véase pág. 91)

Dibujo de George Roux, según una fotografía comunicada por el Museo de Historia Natural.

rentes de aquellos cuya imagen había penetrado en su cerebro: siempre y en todas partes se le representaba la meseta silvestre, la pendiente rápida que descendía a la ribera y la amplia corriente que desaparecía a la vuelta de un promontorio en la luz o en la sombra¹.

Cuanto más sencillo es el paisaje fluvial, más domina el espíritu como el único que pueda concebirse. Los que residen en las márgenes del Missisipi, uno de los ríos que mejor conservan su individualidad en el conjunto del curso por la anchura del cauce,

¹ Hudson, *Idle days in Patagonia*.

la regularidad de la ola, la uniformidad de las riberas y el sombrío muro del bosque lejano o «cipriera», apenas pueden rechazar la idea de que aquella masa líquida, descendiendo con potencia irresistible, sea el eje central de todo el mundo habitable. Y si los hombres de pensamiento y de fuerza intelectual no pueden triunfar de esas impresiones duraderas ¿cómo admirarse del arraigo que pueda tener sobre la imaginación de los ribereños, escasamente cultos, un río como la inmensa corriente del Amazonas, tan largo, tan ancho, tan poderoso, que corta en dos, como un ecuador visible, toda la América meridional? No ha mucho, los Tapuyos amazonianos no podían admitir que hubiera residencia humana fuera de una u otra orilla del río.

Las obras de los primeros exploradores, Spix, Martius, Bates, Wallace, están llenas de las observaciones más extrañas hechas por sus barqueros: nada de lo que se les decía de la naturaleza de los otros países concordaba con su comprensión de las cosas. Los egipcios de hace seis mil años concebían el mundo a semejanza de su valle nilótico, es decir, como una larga fisura, ocupada en el eje por un río y bordeada de desiertos y de montañas¹.

Al borde de las aguas siempre en movimiento, de los «caminos que andan», la navegación puede decirse que estaba descubierta de antemano: ¿no bastaba el tronco de un árbol movido por la corriente, para atraer los niños que se solazaban en la orilla? ¿no se aprovechaban las aves pescadoras, y a veces un animal silvestre, de ese vehículo natural?

Asimismo, arrastrado a su pesar por la súbita avenida de los ríos, el hombre ha viajado muchas veces sobre la corriente de las aguas, transportado sobre alguna isla flotante de terrenos o de árboles entretejidos por sus ramajes, o hasta en su misma morada levantada a flote.

La fuerza de la necesidad se convirtió así en la educadora del salvaje: la balsa suministrada por la Naturaleza y sobre la cual se había asociado por el espanto a los animales de la sabana o del bosque, quedó en su memoria, y pudo imitarla sin peligro en cuanto el agua se mostró propicia. Y cuando un árbol flotante, quizá ahuecado por un lado por la caries de la madera, vió que constituía naturalmente una barquichuela bien estable

¹ Bonola, *Bulletin de la Société khéiviale de Géographie*, 1896, n.º 10.



PIRAGUAS INDÍGENAS, HECHAS DE TRONCO DE ÁLAMO, SOBRE EL TARIM MEDIO

Según una fotografía de Sven-Hedin.